

**Bertrand, Michel y Richard Marin (dir.), *Écrire l'histoire de l'Amérique latine. XIXe - XXe siècles*, Paris, 2001, CNRS, 211.**

La obra parte de una evidencia palmaria, tanto antes como después del período colonial, y durante éste, cualquier poder político, azteca, castellano o republicano, controló y fiscalizó el pergeño de la historia y, arranca también, de reflexiones relativas a los vínculos entre el espacio cultural latinoamericano y la historia, al papel de los discursos sobre el pasado al gestar identidades o al cuidado puesto por dicho poder político en la redacción de crónicas. Propone, pues, analizar algunos casos de intentos de puesta al día de la historia llevados a cabo desde mediados del siglo 19. Así las contribuciones del libro representan un abanico de estos ensayos de reorganizar el oficio de historiador y enfatizan, en especial, las lentas y complejas espirales, influencias orientadoras, asuntos planteados, producciones logradas u objetivos perseguidos. En esencia intenta ver similitudes que se repiten en varios lugares

Calzadilla y Vayssière plantean un viejo problema jamás resuelto, el rol asignado a España y a la Hispanidad en la civilización indiana, con incesantes vaivenes que oscilan del rechazo al ditirambo.

Quintero y Aizpurúa narran la gestación de la historiografía venezolana, aquella en la segunda mitad del 19, que se basó en iniciativas institucionales y se apoyó, en buena parte, en testimonios y recopilaciones documentales. El otro analiza un siglo más tarde, lamenta la fragilidad temática y metodológica y reseña el surgimiento de una variante marxista, obra de Brito Figueroa, que bien pronto sufrió esclerosis. Por suerte detecta una renovación con el estudio regional o de las mentalidades

Roldan-Vera estudia la invención del acontecer a través de los manuales escolares de México, un estado debilitado por un sinfín de conflictos internos y externos, lo que explicaría la propuesta de una visión conciliadora del ayer; mientras Costa particulariza el rol atribuido a la iglesia en el declive imperial y Marin denuncia la invisibilidad del afro y resto de grupos étnicos dominados en el imaginario, tan exageradamente blanqueado, brasilero sobre su pasado.

Las últimas propuestas observan el cruce de influencias culturales entre Europa y América que no son, en exclusiva para los autores, expresión simple del colonialismo del viejo continente, pues, según enumeran Bertrand y Cagni Punset, éste también se interesó por varias culturas de una gran complejidad que ampliaron el panorama de la etnografía universal, analizando en especial aportaciones de Brasseur de Bourbourg o Spengler y las confluencias y aproximaciones entre ambos, si bien consideran al primero padre del americanismo científico, ámbito que durante muchas décadas monopolizaron aventureros y viajeros. Si Bertrand se centra en el primero, Cagni revela la recepción del segundo en Argentina a través de Ernesto Quesada. Rolland examina el interés, escaso, por el nuevo continente de Lucien Febvre y los primeros 20 años de los *Annales*, en los que priva el eurocentrismo y una concepción de las conexiones

todavía en clave de centro-periferia o, mejor, civilización-barbarie, los conquistadores ibéricos habrían llevado la primera, mientras los nativos, salvajes, ni siquiera son mencionados. Aguirre Rojas, a su vez, repasa los estrechos vínculos con América de Braudel, en especial a partir de su estadía en Brasil.

**Miquel Izard**

**Langue, Frédérique, *Hugo Chávez et le Venezuela. Une action politique au pays de Bolívar*, Paris, 2002, L'Harmattan, 239.**

La autora, se había especializado en estudiar las, que llaman, élites en el período colonial de Nueva España y la Capitanía de Caracas, y tras un análisis global sobre Venezuela, editado por la misma firma en 1999, se enfrenta ahora a un tema tan actual, confuso, conflictivo y cambiante que noticias transmitidas ayer por la prensa pueden ser rebasadas por acontecimientos de hoy. El asunto, de alguna manera, fue el colofón de la obra general mencionada, que concluía, precisamente, con las elecciones que acabaría ganando Chávez por goleada.

Venezuela, después de casi ciento cincuenta años turbulentos tras la independencia, parecía, 1958, haber devenido paradigma de lo que Washington califica de democracia (en realidad parlamentarismo ficticio y fraudulento), respetuosa con el sistema, abastecedora sumisa de una materia prima vital como el petróleo y avanzando hacia un utópico desarrollo que siempre se encuentra en el futuro. Pero este escaparate se hizo añicos a raíz del Caracazo (1989) evidenciando que detrás de la luna no había nada, que la tan cacareada democracia era un embeleco y que los traumas sociales y económicos heredados del período colonial no sólo no habían mejorado, habían empeorado por las lacerantes desigualdades generadas en la etapa llamada saudita de corrupción, desequilibrios, frustración y vesania y desde aquella fecha el país fue a los trompicones sin encontrar ninguna salida al laberinto. El desconcierto alcanzó tales cotas que incluso se pensó como salida votar, para presidenta, a una reina de la belleza.

Y en eso llegó Chávez, con un enmarañado discurso radical y populista, innovador apoyándose en viejos mitos, así Bolívar, el enigmático Zamora o el llanero Maisanta, Cristo o Castro, salvatriz y panacea para todo mal, ingenuo y maquiavélico, demagogo y mesiánico, autoritario y pragmático, abanderado de los desvalidos y azote de viejas corruptelas putrefactas, arrastrando a cualquier laya de descontentos, vestigios de añejas guerrillas como el mítico Douglas Bravo o muñidores de toda eventualidad, aliado de sorprendentes elementos del